

XIV

LA ENTREVISTA DE STUTTGART

Stuttgart, con sus ciento cuarenta mil habitantes, sus palacios y sus construcciones modernas, su situación pintoresca, su verde ceñidor de colinas pobladas de arboleda y de colinas cubiertas de viñas, es una de las ciudades más bonitas de Alemania; era un punto perfectamente escogido para la entrevista de los dos emperadores. El jueves 24 de septiembre de 1857, el tsar llega á dicha capital sin la emperatriz y se instala en la quinta de su cuñado el príncipe real, bonita residencia situada á dos kilómetros de la ciudad. Napoleón III entró al día siguiente en Stuttgart á las cuatro y media de la tarde. El rey y los príncipes de la familia real le esperaban en la estación y le llevaron á palacio, adonde el emperador Alejandro II acudió á visitarlo.

Napoleón III come con el rey y la reina, y luego va á la quinta del príncipe real, en compañía de SS. MM., de los príncipes y de las princesas, para acabar de pasar la velada. La gran avenida que va á parar á ella está brillantemente iluminada. Cuantas personas ejercen algún cargo en la corte, todos los ministros, todo el cuerpo diplomático, están allí reunidos. El tsar ha llevado en su compañía al príncipe Gortchakoff, su ministro de Negocios extranjeros; al conde Adlerberg I, intendente de su palacio; al conde Adlerberg II, su ayudante de campo general; al general conde Kisseleff, su embajador en París, y al conde Tolstoi, su caballero. Acompañaban á Napoleón III su ministro de Negocios extranjeros el conde Walewski, su nuevo embajador en San Petersburgo conde de Rayneval, sus ayudantes de campo los generales conde de Faily y Fleury, y su oficial de órdenes el príncipe Joaquín Murat.

Napoleón III va por la mañana del sábado 26 á devolver la visita al emperador en la quinta del príncipe real.

Aquel día recibe una buena noticia: la emperatriz de Rusia acaba de llegar á Stuttgart. Como la emperatriz Eugenia no había ido, Alejandro II decidió en un principio que tampoco fuera la tsarina, y ésta se quedó cerca de allí. Pero el tsar estaba tan satisfecho de sus primeras conversaciones con Napoleón III, que, mudando de parecer, envió á decir á su esposa que fuese inmediatamente á Stuttgart. Llegó efectivamente en la noche del 26 con la reina Amelia de Grecia, hija del gran duque Pablo Federico Augusto de Oldenburgo y mujer del rey Otón.

Al saber que la tsarina acababa de llegar á Stuttgart, el emperador de los franceses salió del castillo de Walhelma, se apresuró á ir á la quinta del príncipe real donde se había alojado y le ofreció sus respetos. En seguida volvió al castillo de Walhelma, donde pasó la velada con SS. MM. wurtemberguesas.

En Stuttgart se hallaban reunidos dos emperadores, una emperatriz, un rey y tres reinas, sin contar las altezas imperiales ó reales. Napoleón III estaba á su gusto en medio de aquella brillante pléyade. Un testigo de la entrevista nos lo presenta tranquilo como siempre, afrontando animosamente las seducciones desplegadas contra él, agradecido en extremo á las atenciones de que se veía colmado, pero nada infatuado. «Era cosa propia del emperador, añade el general, no parecer jamás maravillado de su sorprendente fortuna. Parecía un monarca vuelto del destierro, que continuaba su reinado comenzado.»

El lunes 28 de septiembre, el tsar almuerza con el emperador en la quinta del príncipe real. Para que los dos monarcas puedan hablar con toda libertad, el príncipe no ha convidado á nadie más que á ellos y á su padre.

El 28 de septiembre es un aniversario. Hace cuarenta años día por día que Napoleón I y Alejandro I tuvieron una entrevista en Erfurt.

Después de almorzar, el príncipe real deja á sus dos augustos convidados solos en su gabinete. Según las confidencias hechas por el príncipe real á M. Gustavo Rothán, secretario de la legación de Francia en Stuttgart, cuando la entrevista, he aquí lo que pasó el 28 de septiembre de 1857 entre los dos soberanos.

La conversación duró más de una hora, habiéndose establecido la intimidad desde los primeros momentos. «Después de empezar con alguna frialdad, ha dicho M. Rothán en la *Revista de Ambos Mundos* del 31 de diciembre de 1888, se separaron con semblante alegre, casi radiante, pues la razón de Estado había prevalecido sobre las prevenciones. Los emperadores habían ratificado el protocolo redactado por sus ministros. Se prometieron no emprender nada sin concertarse y sostenerse mutua y lealmente por la acción de su diplomacia, tanto en Oriente si llegaban á surgir allí complicaciones, cuanto en Italia si estallaba una cuestión entre Francia y Austria. En esta última eventualidad, Rusia nos prometía desde luego su neutralidad simpática, y si sobrevení la guerra, nos ofrecía, sin comprometerse materialmente, concentrar ciento cincuenta mil hombres en las fronteras de Galitzia: se llegó hasta á prever una alianza eventual.»

Alejandro II se marchó de Stuttgart aquel mismo día, y Napoleón III al siguiente. Los dos emperadores parecían muy contentos uno de otro al separarse, y las personas de su comitiva decían que la entrevista había dado un buen resultado.

El martes 29 de septiembre, Napoleón III salió de Stuttgart á las ocho y media de la mañana, después de haber dado las más expresivas gracias al rey por sus atenciones. Entre dos filas, formada la una por la tropa de línea y la otra por la caballería de la guardia real, se encaminó á la estación, adornada.

como el día de su llegada, con banderas francesas y wurtemberguesas. En el momento de subir al tren, le saludaron los príncipes y los altos dignatarios de la corte. El príncipe real llevaba el gran cordón de la Legión de Honor que el emperador le había entregado. No parecía sino que se había vuelto á la época de Tilsitt y de la Confederación del Rin.

XV

CONSECUENCIAS DE LA ENTREVISTA

La entrevista de Stuttgart causó al gobierno austriaco los recelos más vivos y justificados. El emperador Francisco José procuró tranquilizarse celebrando á su vez una entrevista con el emperador Alejandro II. El tsar había salido de Stuttgart el 28 de septiembre de 1857, y el 1.º de octubre tuvo en Weimar una conferencia con el monarca austriaco. Le acompañaba el príncipe Gortchakoff, su ministro de Negocios extranjeros; pero el emperador Francisco José cuidó de no llevar consigo al conde Buol, su ministro de Negocios extranjeros, cuya actitud durante la guerra de Crimea y en el Congreso de París había desagradado profundamente al gobierno ruso.

Francisco José llegó á Weimar el 1.º de octubre. Alejandro II, que llevaba el uniforme de húsar austriaco, le aguardaba en lo alto de la escalera del palacio gran ducal. Los dos soberanos se abrazaron, tuvieron una larga conversación sin testigos y por la noche asistieron á una representación del *Tanhauser* de Wágner, dirigida por Liszt. Al otro día el emperador de Austria salía de Weimar á las siete de la mañana para ir á Dresde, y el tsar partía una hora después.

El vizconde de Melvizes, ministro de Francia en Weimar, escribía el mismo día al conde Walewski: «Austria ha deseado la entrevista, Rusia la ha aceptado y el gran duque la ha facilitado, poniendo su palacio á disposición de los dos emperadores. En cuanto á la entrevista en sí, aunque, según se me asegura, ha reinado cierta intimidad entre los dos monarcas en sus dos ó tres conversaciones, no parece, á juzgar por las apariencias, que haya producido una inteligencia positiva entre ambos. Durante todo el tiempo que he podido observarlos en palacio, no se han dicho nada, y el modo como se han marchado ambos de Weimar, con una hora de diferencia y eso que debían seguir el mismo camino, parece indicar que la entrevista no les ha inspirado deseos de estar más tiempo reunidos. El gran mariscal me ha contado que en el momento en que los dos emperadores se han vuelto á ver por última vez, Alejandro II tenía una expresión de gravedad triste que llamó la atención. Se ha observado que durante la comida y en el teatro la actitud del emperador de Austria, impregnada de cierto embarazo que tal vez le sea habitual, no ha cesado de ser seria. En cambio, el emperador Alejandro parecía muy contento. Ambos monarcas se han despe-

dido abrazándose dos veces, y según me dicen, esta despedida llevaba el sello de una efusión aparente. Así entonces, como durante todo el día, la iniciativa partió del emperador de Austria.»

En resumen, la entrevista de Weimar, lejos de atenuar la impresión producida por la de Stuttgart, no tuvo más resultado que hacer resaltar la importancia de ésta. Acerca de este asunto se encuentran curiosos detalles en un despacho que el vizconde de Sevre, ministro de Francia en Carlsruhe, dirigió el 4 de octubre de 1857 al conde Walewski. La gran duquesa Elena de Rusia, que acababa de llegar á Baden, tuvo con el ministro de Francia una larga conversación. «La gran duquesa, escribía el vizconde de Sevre, me ha asegurado que consideraba la entrevista de Stuttgart como uno de los acontecimientos más dichosos para los dos imperios y sobre todo para Rusia. En su concepto es el punto de partida de una alianza íntima cuya consolidación y progreso desea con tanto mayor afán cuanto que ya en el reinado del difunto emperador Nicolás siempre la ha juzgado imperiosamente impuesta por los intereses de las dos naciones. A creer lo que dice, ya ha pasado el tiempo de las desconfianzas contra Francia, considerada erróneamente como el foco de las revoluciones por la única razón de que es y debe ser el foco de la civilización. Los prejuicios que en otro tiempo impedían que Rusia manifestara á Francia sus simpatías desaparecieron con el último emperador, ó á lo sumo no existen sino entre unos cuantos individuos recalcitrantes de la antigua aristocracia, siempre inclinados á hacer á todo trance la oposición á la política gubernamental. Abstracción hecha de esta imperceptible é impotente minoría, Rusia desea unánimemente la concordia más íntima con Francia como el único medio de abrirse los derroteros de la civilización y del progreso. Hoy comprende que malgastando sus fuerzas en defender estrechos principios de legitimidad y de orden público, no haría en definitiva más que servir los intereses de Alemania y de Austria. La última guerra, y sobre todo la diferente actitud de las potencias cuando el restablecimiento de la paz, le han demostrado á la vez de qué lado estaba la verdadera fuerza unida á la lealtad, dónde debería poner su amistad y dónde buscar alianzas. Cansada de que se la explote en provecho de la Europa central y de añejas teorías gubernamentales, en adelante quisiera establecer su alianza á ejemplo de Inglaterra, no sobre afinidades de principios abstractos, sino sobre la concordancia práctica de intereses positivos.»

¿No predecía así la gran duquesa Elena la alianza que el emperador Nicolás II y M. Félix Faure acaban de proclamar á bordo del buque el *Pothuan*?

La gran duquesa aseguró al vizconde de Sevre que el emperador su sobrino había llevado de la entrevista de Stuttgart impresiones que le unirían más que nunca al emperador de los franceses y á Francia. S. A. I. lamentaba únicamente que la reunión de los dos monarcas hubiera durado tan poco, porque, añadía, á medida que los emperadores se veían parecía que se entendían mejor y apreciaban mucho más sus respectivas cualidades. La misma emperatriz de Ru-

sia, cuyos sentimientos poco favorables al principio á la entrevista de Stuttgart no ocultó la gran duquesa Elena, hubo de trasladarse allí llamada por el tsar; pero, cuando estuvo en presencia de Napoleón III, no pudo resistir á la atracción general que todos experimentaban por efecto de una influencia irresistible.

El vizconde de Sevre terminaba así su despacho: «En cuanto á la entrevista de Weimar, S. A. I. no ha aludido á ella sino de un modo desdeñoso, como si se tratara de un suceso sin el menor alcance político. Poco favorable al Austria en general, me ha parecido que casi sentía que el emperador Alejandro se hubiera inclinado á una reconciliación puramente superficial con el emperador Francisco José. Por lo demás, en esto la gran duquesa no ha hecho más que repetir el lenguaje de todos los rusos sin excepción. Y en efecto, los más iniciados en la política de su gobierno no se cansan de repetir que la entrevista de Weimar, solicitada por el emperador de Austria muchas veces, había sido concedida por el tsar cansado ya de tanta insistencia... M. de Fonta, ministro de Rusia en Francfort, me ha dicho que el príncipe Gortchakoff le había autorizado y hasta excitado á declarar que si Rusia deseaba vivir en paz con sus vecinos, y por consiguiente lo mismo con Austria que con los demás, no se proponía en modo alguno restablecer con ésta relaciones íntimas destruidas para siempre.»

Veamos ahora cómo se consideró en San Petersburgo la entrevista de Stuttgart. M. Baudín, encargado de Negocios de Francia en ausencia del conde de Morny, escribía al conde Walewski el 16 de octubre de 1857:

«El príncipe Gortchakoff me ha dicho: «No puede haber nada más satisfactorio que la impresión que mi soberano y yo sacamos de Stuttgart después de nuestras conversaciones con el emperador Napoleón y el conde Walewski. Es un gran acontecimiento esa buena inteligencia entre los dos emperadores, esa perfecta conformidad de miras que se ha establecido entre ellos y sus gobiernos en todos los asuntos que han examinado de consuno, esa resolución que han tomado de ponerse de acuerdo sobre todos los que pudieran surgir más adelante, así los pequeños como los grandes. La entrevista de Stuttgart ha de dar sus frutos en el porvenir.»

El príncipe Gortchakoff expresó al encargado de Negocios de Francia toda la satisfacción que al emperador Alejandro le causaban las relaciones personales que acababa de entablar con el emperador Napoleón, dijo que la emperatriz de Rusia no estaba menos satisfecha de haber conocido á S. M. I., y añadió que le había expresado su sentimiento por no haber encontrado en Stuttgart á la emperatriz de los franceses. El mismo príncipe Gortchakoff se mostraba muy lisonjeado y sumamente agradecido á la acogida que le había hecho Napoleón III, y encomiaba altamente, son sus propias palabras, «esa elevación de carácter, ese gran sentido político, esas miras á la vez amplias y prácticas, esa sencillez de modales, esa franqueza y esa claridad tan perfectas,» que había tenido ocasión de apreciar.

M. Baudín terminaba así su despacho: «Tal es la impresión que el ministro de Negocios extranjeros de Rusia ha traído de Stuttgart. La del público ruso, que empieza á regresar á San Petersburgo, no puede estar tan fundada, como es natural, mas por lo común es buena. Sin embargo, la sociedad de este país que no penetra en el fondo de las cosas, se siente en cierto modo herida en su amor propio á causa del papel relativamente secundario que ha desempeñado el emperador de Rusia en Stuttgart, de la deferencia que ha mostrado al de los franceses, «ese soberano de ayer,» como dicen aquí ciertas gentes, siendo el primero en visitarle, de la indiferencia con que los pueblos y los periódicos alemanes han acogido su viaje, en tanto que los primeros se agolpaban al paso de Napoleón III y los segundos se permitían hacer mil comentarios que no honraban por cierto al emperador Alejandro. Agrada ver que Rusia cuenta con tal amigo, pero causa alguna contrariedad el gran puesto que ha ocupado y que Stuttgart ha hecho tan manifiesto. Sabíase á qué atenerse con respecto á la potencia militar de la Francia imperial, y los viajeros rusos que en tan gran número visitan á París dan á conocer diariamente su esplendor y su estado floreciente en el interior. Conocíase su preponderancia en la política exterior, pero no se quería reconocerla por completo. La entrevista de Stuttgart la ha hecho resaltar hasta la evidencia, y esto es lo que explica la naturaleza mixta del sentimiento que las circunstancias de esta entrevista causan aquí en ciertos espíritus en este momento, y que me ocultan por lo menos con cuidado particular bajo las apariencias de admiración y deferencia al emperador de los franceses.»

En resumen, Napoleón III acababa de obtener un gran resultado. No había firmado en Stuttgart un tratado de alianza ofensiva y defensiva; pero sacaba de allí un protocolo de acuerdo general y la seguridad de una neutralidad simpática en caso de guerra con Austria. Esto le bastaba. Como lo ha hecho observar M. Rothán, no le gustaba contraer compromisos; prefería reservarse una puerta abierta y atenerse al arreglo fatal de las circunstancias.

M. Benedetti escribía á M. Thouvenel el 15 de octubre de 1857: «La entrevista de Stuttgart ha dado de sí todo lo que prometía. Después de hablar de todos los asuntos, los dos emperadores y sus ministros se han separado prometiéndose aprecio y confianza en la buena acepción de estas dos palabras. Se ha tratado, por supuesto, de la cuestión de los Principados. En el fondo, Rusia no quiere la reunión, y vamos á enderezar poco á poco el rumbo solamente hacia la *reunión administrativa*: el hecho positivo ha sido el éxito personal que nuestro emperador ha alcanzado en Alemania. Ya sabéis que la emperatriz de Rusia estaba poco dispuesta á ir á Stuttgart y que pretextaba una indisposición. El emperador Alejandro, satisfecho de su primera conversación con el emperador Napoleón, ha cortado de raíz todas las vacilaciones llamando á la emperatriz inmediatamente á Stuttgart, y se asegura que S. M. participa hoy de todos los sentimientos de su esposo para con nuestro soberano. Por lo que hace á los pueblos, el éxito no ha sido menor. El viaje ha parecido una ovación. Todo esto,

á continuación de la entrevista de Osborne, nos proporciona una situación incomparable.»

Napoleón III habría conservado esta situación si hubiera permanecido siempre fiel al pacto de Stuttgart. Mientras fué amigo de Alejandro II no tuvo nada que temer de los alemanes ni de los ingleses. Gracias á Rusia y á pesar de Inglaterra, pudo devolver á Francia sus fronteras naturales del Sudeste y proteger á los cristianos de Siria. Con el apoyo del gabinete de San Petersburgo, todo le salió bien; sin este apoyo, le faltó el terreno. ¿Qué habría debido hacer para evitar todas sus desgracias? No intervenir en los asuntos de Polonia y mantener contra todo ataque la alianza verdadera, la única que ha proporcionado á la Francia imperial gloria y seguridad.